

EL GRAFITI DEL CID

PACO LÓPEZ MENGUAL



MURCIA
2017

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“El grafiti del Cid”
© Paco López Mengual, 2017
© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2017
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: septiembre de 2017
IBIC: YF
ISBN: 978-84-946655 5 4
Depósito legal: MU 883-2017

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

1	11
2	23
3	35
4	45
5	57
6	61
7	79
8	89
9	97
10	109
11	115
12	121
13	135
14	141
15	151

A mi hija Elena,
que un día tuvo 13 años

*De los sos ojos tan fuertemiente llorando,
tornaba la cabeça i estávalos cantando.
Vío puertas abiertas e uços sin cañados,
alcándaras vázias sin pieles e sin mantos
e sin falcones e sin adtores mudados.
Sospiró mio Çid, ca mucho avie grandes cuidados*

— ¡Qué rollazo! —protestó Elena Alvarado, cerrando el libro y dejándolo caer, con gesto cansado, sobre la mesa de estudio de su habitación.

Era el tercer intento que hacía esa tarde de leer *El cantar del mío Cid*, y aún no había conseguido pasar del sexto verso. El castellano antiguo no era lo suyo, y de no ser porque la profesora de literatura había puesto mucho énfasis en la lectura de la obra, y en la realización de un trabajo en grupo sobre la misma, no habría dudado en devolver el ejemplar a la biblioteca de sus padres, “repleta de aburridos mamotretos”.

Del Cid sabía lo justo: que fue un caballero medieval; que ganó su última batalla contra los moros después de muerto; y que sobre su figura rodaron, hacía ya muchos años, una pomposa película que a menudo pasaban por televisión.

Sin lugar a dudas, a quien más oía hablar sobre el noble señor era a su padre: continuamente daba la tabarra recordando que, en la casa donde ellos vivían ahora, se alojó, “nada menos que durante un día”, el dichoso Cid, hacía ya casi mil años. Ella no alcanzaba a concebir la importancia de aquel hecho, pero para él la efímera visita era uno de los mayores encantos que poseía la vivienda, a la que la familia se había trasladado sólo unos meses antes. El casón, completamente restaurado, estaba situado en la parte más noble del desaparecido castillo de Molina, y conservaba en su interior numerosos vestigios que, a lo largo de los siglos, habían legado las sucesivas culturas que allí se habían ido estableciendo. El barrio medieval resultaba un oasis dentro de la moderna ciudad en la que se había transformado el pueblo durante los últimos años.

A ella también le encantaba la nueva vivienda, pero por razones bien distintas: estaba enclavada en una zona alta, con espectaculares vistas de la vega murciana, rodeada de un entramado de estrechas y silenciosas callejuelas peatonales por las que podía pasar tranquilamente. La casa poseía, para uso exclusivo de Elena, una habitación amplísima donde poder colocar todas sus cosas; además de disponer de un luminoso patio

central que su madre, poco a poco, estaba convirtiendo en un auténtico vergel.

—¡Qué poca sensibilidad! —refunfuñaba, a menudo, su padre—. ¿Cómo puedes no sentir algo especial al saber que, entre estas cuatro paredes en las que vives, estuvo hospedado uno de los personajes más importantes de la historia de España?

La falta de entusiasmo por asuntos que habían ocurrido hacia tantos años, el bajo talle de sus vaqueros —que dejaban a la vista la cintura de las bragas— y el aspecto de su larga y destartalada melena eran las tres únicas cuestiones que lograban sacar a su padre de quicio, por lo que Elena trataba de evitar que fueran motivo de conversación y, así, el asunto no desembocase en una monumental bronca.

Antes de continuar leyendo, sacó de la mochila la fotografía de grupo de su clase. Hizo un repaso con la mirada de todos los compañeros y pasó la yema del dedo, con suavidad, sobre el rostro de Daniel, que sonreía en la fila de arriba. Luego, la volvió a introducir entre las hojas del libro de Biología, para que no se arrugase.

Después de tomar aire y respirar hondo, como si fuera a sumergirse en las profundidades marinas, la muchacha se volvió a sumir en el agotador texto. Se enteró de que

Rodrigo Díaz de Vivar —así se llamaba el Cid Campeador— tuvo que abandonar Castilla, sin desearlo en absoluto, por una caprichosa decisión del Rey; y que, en su camino hacia el destierro, al que le acompañaron voluntariamente todos sus hombres, detuvo la marcha en un monasterio para dejar recluidas a su esposa, doña Jimena, y a sus dos hijas, doña Elvira y doña Sol. “Vaya nombrecitos le pusieron a las tres.” Siguió leyendo que la gente se asomaba a las ventanas y salía a los portales, con los ojos llorosos, a despedirlo, pero nadie podía mostrarle su aprecio por expresa prohibición del monarca.

“Amado por su familia; seguido por sus soldados; llorado por el pueblo... ¡La verdad es que no debió ser tan mal tipo este hombre —pensó— como para aplicarle un castigo tan cruel!” Elena comprendió el pesar del Cid; y sufrió un escalofrío al imaginarse abandonando todo aquello que de verdad importaba: su armario de ropa, sus zapatos, la colección de revistas de moda y la de cedés.

Con la vista cansada, debido a la extrema atención que requería el arduo texto, decidió hacer una pausa en la lectura y aprovechar el descanso para seguir decorando su habitación. Llevaba ya un tiempo instalada en ella y aún no había terminado de personalizarla del todo. Había acomodado sobre

la mesilla de noche su inseparable lámpara de piel de vaca, comprada en un puesto del rastro de Madrid, y colgado de un ángulo del techo la bruja voladora que ganó unos años antes en una caseta de la feria. Así que se dispuso a colocar el póster de su cantante preferida en la pared. El pesado de su padre le había advertido de que la antigüedad del muro que recorría el frontal del cuarto se remontaba al siglo XI, “una maravilla de la arquitectura medieval”, por lo que debía tratarlo con suma delicadeza.

Pero aquel no era su día de suerte. El asunto comenzó mal desde el primer momento: al pretender clavar la primera chincheta, se desprendió un trozo del enlucido del antiguo tabique.

—¡Madre de Dios! ¿Qué he hecho? —exclamó Elena en voz alta, a pesar de saber que se encontraba sola, mientras trataba de volver a colocar la lámina de yeso rápidamente en el lugar de donde se había desgajado.

Aún resultó peor el intento de arreglo porque, al pretender tapar el desconchón que había producido la punta de la tachuela, se separó otro fragmento del lienzo. El rostro de la muchacha lo expresaba todo:

“¡Mi padre me mata! Seguro que esta vez lo hace. ¿Cómo me presento yo ante él, con los dos cachos en la mano, y diciéndole que

ha ocurrido un pequeño accidente en su pared favorita?”

Seguro que todavía, y a pesar de haber transcurrido unos años, el padre de Elena recordaba el amargo día en el que su hija, ensayando el baile de fin de curso, en uno de sus torpes giros dio un golpe con el brazo al busto de un Niño Jesús de época barroca, que él había adquirido en un anticuario por una considerable cantidad de dinero, lanzándolo contra el suelo. El pobre hombre estuvo abatido durante unos días tras descubrir el entuerto: mientras la contemplaba, advirtió que la nariz de la efigie había sido toscamente unida al rostro con pegamento escolar.

Guardó los dos fragmentos caídos del tapial en uno de los cajones de la mesilla, escondiéndolos bajo los calcetines, con la esperanza de que se le ocurriese alguna de sus ingeniosas soluciones.

Estaba mirando el boquete, ideando un buen remedio, cuando le llamaron la atención unas marcas labradas en la piedra, que habían quedado al descubierto tras desprenderse la capa de enlucido. Se acercó a la pared y le pareció que se trataba de letras. Con el pincel que utilizaba en clase de Plástica, limpió el exceso de arenilla en los surcos, hasta vislumbrar nítidamente la palabra Cid.

—¿Cid? —se extrañó en voz alta de la aparición— ¿Como el protagonista del poema?

“¡Pues parece cierto que por aquí anduvo don Rodrigo! ¡Y además se distraía marcando su apodo en los muros, como hacen algunos gamberros de mi clase en las paredes del pasillo del instituto!” —pensó Elena, mientras seguía pasando la brocha sobre el nombre del caballero.

Definitivamente aquél no era su día de suerte. Debido a las continuas fricciones, una nueva lámina de estuco, en esta ocasión más grande aún que las dos anteriores, cayó sobre sus manos. No tuvo tiempo de lamentar la mala fortuna que le rondaba, ya que ante sus ojos apareció, como una revelación, el resto de la inscripción:

Evades sed cautivo mio Cid

Las palabras estaban talladas en castellano antiguo, la misma lengua en la que se escribió *El cantar del mío Cid*. La chica no lograba descifrar, al menos completamente, el significado de la frase, aunque intuía que decían algo referente a la condición de prisionero del personaje principal del viejo poema.

Empujada por la intriga, volvió al libro y, a base de buscar expresiones similares a la

descubierta en la piedra, consiguió transcribir la leyenda: “Aquí está preso el Cid”.

—Aquí está preso el Cid. Aquí está preso el Cid—. Repitió la frase varias veces, intentando comprender el significado de la inscripción.

Resultaba curioso, pero no recordaba que su padre, en alguno de los instructivos discursitos, comentara que, durante la breve visita a Molina, el famoso guerrero fuese encarcelado.

“¡Vaya un concepto de la hospitalidad que teníamos en este pueblo en el siglo XI!”, pensaba, en forma de reproche colectivo, mientras se dirigía hacia el patio para preguntar a su madre el motivo de la presencia del Cid en la ciudad.

Por supuesto, no pensaba contar nada de su descubrimiento, para no tener que revelar el desgraciado accidente provocado al intentar clavar el póster. Además, el problema lo tenía prácticamente resuelto. Una vez más, las ingeniosas soluciones: su compañero de clase Daniel, hijo de un experto albañil, seguro que conocería a la perfección el oficio de su padre, y con un poco de masa cubriría el boquete, enlucéndolo de tal forma que ni un especialista en arte podría descubrir que se trataba de un parche. Además, era la excusa perfecta para invitarle a su nueva casa.

Llevaba un tiempo intentando inventar un pretexto para hacerlo..., y “mira por dónde”.

Encontró a su madre trabajando en un rincón del jardín, arrodillada en el suelo, con un pañuelo a la cabeza que le recogía la rizada melena. Estaba construyendo un parterre, combinando en él distintas plantas aromáticas como romero, lavanda y mejorana. El murmullo del agua de la fuente y los toques de color que dibujaban las flores sobre el verde de los arbustos creaban un ambiente sumamente relajante.

—Fue en noviembre de 1089 cuando lo mandó llamar el Rey Alfonso —respondió la madre, agradablemente sorprendida por el repentino interés de su hija por esta historia—. Alfonso VI había acudido a Aledo, un pueblo situado a sólo unos kilómetros de aquí, en ayuda de un grupo de leales que se encontraban cercados por los musulmanes de Murcia. Para asegurar el éxito de la hazaña, el monarca había solicitado el apoyo de las tropas de don Rodrigo. Pero el Cid no apareció.

Una vez liberada la plaza, tras una sangrienta batalla en la que murieron muchos árabes y cristianos, el monarca se dirigió a Molina, donde gobernaba un reyezuelo moro de su confianza. Durante esa época, nuestro pueblo era un pequeño y próspero feudo.

Aunque resulte extraño de creer, los musulmanes crearon sobre este cerro un exótico reino, propio de *Las mil y una noches*, donde todo era lujo y abundancia. Su rey era un tipo muy peculiar, que odiaba las disputas y batallas en las que andaban siempre ocupados sus vecinos. Él era amigo de unos y de otros, y empleaba el tiempo en disfrutar de las exquisiteces que proporcionaba esta hermosa tierra. Y aquí, en este placentero lugar, estuvo Alfonso VI esperando un tiempo a que se presentara ante él el Campeador, como había ordenado. Al parecer, exteriorizaba continuamente muestras de enfado por la tardanza de su vasallo. No sé qué pudo ocurrir —dijo concluyendo la madre de Elena—, pero el mismo día en el que Cid anunció su llegada al pequeño reino, el monarca abandonó nuestro pueblo y marchó a Toledo.

—¡Qué extraño que el Rey no le esperase aquí después de haber ordenado que viniese! A mí me parece un acto de mala educación hacerle viajar desde tan lejos y no encontrarse con él —dijo Elena, interrumpiendo la explicación.

—Sí que resulta inexplicable; pero lo cierto es que cuando el Cid llegó a este pueblo, acompañado por sólo seis de sus hombres, el soberano de Castilla y León ya se encon-

traba lejos de aquí. Así que, según dicen, el Campeador pasó la noche en esta casa, en la que ahora habitamos nosotros, y al día siguiente emprendió camino de regreso hacia Elche, donde se encontraba el grueso de su tropa.

Después de unos segundos de silencio, dudando si sería conveniente hablar del asunto del estucado, Elena se atrevió a preguntar:

—Mamá... ¿y tú nunca has escuchado decir que el Señor de Vivar hubiese sido encarcelado durante su estancia en Molina?

—¿Preso el Cid? ¡Jamás lo estuvo! —contestó de manera tajante—. Siempre fue un guerrero indomable al que ni siquiera su amo, el rey, consiguió doblegar. Nadie, ni moro ni cristiano, consiguió nunca prenderlo. Aún recuerdo un poema, que memoricé de niña, que comenzaba...

*Victorioso vuelve el Cid
a San Pedro de Cardena
de las guerras que ha tenido
con los moros de Valencia*

Elena quiso dejar la conversación en ese punto, con el fin de no levantar sospechas sobre el fatídico desconchado del muro, pero no pudo, ya que su madre impidió que se largase, diciendo:

—Me agrada mucho que tomes tanto interés en los trabajos del instituto. Tienes ya 14 años y, sin duda, estás comenzando a descubrir que la cultura, en este caso la historia y la literatura, forma parte del mundo que te rodea. Ya ves, estás estudiando a un personaje que fue nuestro invitado hace mil años. ¿No te parece fascinante?

—Psss. ¡Tanto como fascinante..., parece exagerado! Digamos que curioso. ¡Bueno! Ya está bien de cháchara, voy a proseguir con la lectura; aún me queda mucho poema por delante —dijo, dando por zanjada la charla y encaminándose de nuevo a su estudio.

Cuando Elena se encontraba ya casi en la entrada de la casa, se detuvo, volvió la mirada hacia el jardín y comentó en voz alta:

— ¿Sabes mamá? Tienes razón cuando dices que estoy empezando a descubrir muchas cosas con este libro —y luego, en un tono más bajo para no ser escuchada, añadió —: ¡Y no sabes tú, por cierto, cuanto...!